

la imagen que de ellos se tiene [...] teniendo como marco de referencia la cultura folk del Bajío [...] adquieren un sentido diferente”.<sup>3</sup>

En el mismo artículo, Moedano expone en forma sintética las características principales de ritos, creencias e historia (lo que hasta entonces se conocía sobre los concheros) y propone que los rasgos comunes a muchos pueblos otomíes (o con tradición de esa área) son “los complejos de culto a la cruz y a Santiago Apóstol, el culto a los antepasados, la música con guitarras de concha de armadillo, las limpias, las alabanzas, las velaciones, con todo su complicado ritual”. Habla también del mito de origen del Cerro de Sangre-mal, de la adoración de la cruz y el surgimiento de la danza, de la frase “Él es Dios”; de cómo, posteriormente, los indígenas pudieron conservar las “capillas de indios de conquista”, en las que llevaban a cabo en la noche sus rituales secretos, mientras que de día participaban en las obligaciones que les imponía el clero. Así se constituyeron hermandades religiosas que recibieron el nombre de “mesa”, a honra de ciertos santos católicos y de las almas de sus antepasados; además, adoptaron para su organización la nomenclatura de la jerarquía militar de los españoles. Y señala como rasgo distintivo de estos grupos la participación de hombres, mujeres, ancianos y niños en la danza.

---

<sup>3</sup> Sin embargo, extrañamente Gabriel Moedano no consultó a Martha Stone, quien también convivió un largo tiempo con los concheros y publicó el libro *At the Sign of Midnight*. Y tampoco un corto artículo de Emilio Bejarano: “Fiesta de Nuestra Señora de la Luz en Cañada de Alfaro, municipio de León” (1970), del que seguramente no tuvo noticias y que habla especialmente de los danzantes, cuyo general vivía en San Agustín, Guanajuato.